

ambas con el título de reinos, pero formando parte del imperio federativo de las Españas, al que se incorporaban con carácter de perpetuidad. Mientras de este modo encadenaba Napoleón la voluntad del favorito y aparentaba interesarse en el mayor lustre de la monarquía, iba ya cogiendo el fruto de su pretendida protección. A principios de aquel año, había conseguido que tropas españolas pasasen á Etruria para reemplazar á las francesas que guarneían este reino, y poco después, queriendo restablecer la quiebra del Banco de París y su arruinado Tesoro, concibió sacar un crédito contra nuestra patria de sesenta millones de francos, procedente de atrasos y del suministro de granos hecho por el Imperio en los últimos años, que habían sido de malas cosechas en España. Esta reclamación produjo contestaciones entre París y Madrid, hasta que el Emperador recabó de Izquierdo, lisonjeando sus esperanzas, ó mejor dicho, las de Godoy, que aprontara veinticuatro millones, pertenecientes á la Caja de la Consolidación, según convenio que se firmó el diez de Mayo: el príncipe de la Paz aprobó plenamente la conducta del mediador.

Otras causas, además de la ambición del favorito, empujaban á España á la catástrofe. Godoy era blanco del odio de todas las clases, por su omnipotencia, los desusados honores de que disfrutaba, el vergonzoso origen de su valimiento y los males que bajo su administración se padecían. En semejante situación, los que veían á la patria encaminarse á la ruína, fijaban sus miradas como en faro de salvación en el príncipe de Asturias, no obstante ser muy joven, de constitución enfermiza y no darse á querer de las personas que le rodeaban por su carácter taciturno y sombrío: desde niño, había demostrado aficiones crueles y gustos innobles, y los muchos que en él cifraban sus esperanzas iban á sufrir muy pronto el más doloroso de los desengaños. El heredero de la corona, considerándose anulado por la privanza de Godoy, profesaba al favorito odio mortal, que desde edad temprana había atizado en su corazón el canónigo Escoiquiz, su preceptor, hombre que, bajo apariencias modestas, soñaba llegar á ser algún día árbitro de los destinos del país. El príncipe de la Paz, por su parte, nada había hecho para atraerse á Fernando; antes bien, se esforzaba en malquistarlo con sus padres, tachándole de avieso y desagradado. Se opuso á su enlace con la hija de Carolina, proponiendo, después de verificado el matrimonio, que marcharan ambos esposos á América en calidad de regentes, lo que fué interpretado por la opinión pública como deseo de dispersar á la real familia para facilitar la ejecución de criminales designios. Los alarmistas y murmuradores no daban paz á la imaginación ni á la lengua, y todo era hablar de desheredaciones, de conjuras, de planes y de regicidios. El partido fernandista crecía como la espuma, y se robusteció con el apoyo de María Antonia, la esposa del Príncipe, que traía encargo de conspirar contra Godoy y en favor de la Gran Bretaña. Interceptadas por Napoleón muchas cartas entre madre é hija, se enconaron los ánimos; se cebó la discordia en el palacio de los reyes, y

los dos bandos acusáronse mutuamente de los más negros propósitos; y aunque murió á poco María Antonia, ni depusieron los partidos su hostilidad, ni se encauzaron las desbordadas pasiones. Lo de menos era el interés de la nación: sólo se curaban unos y otros de saciar su sed de venganza en sus contrarios.

La guerra entre Francia y Prusia hizo que el Emperador dejase en suspenso la negociación seguida con Izquierdo. Molesto Godoy, empezó á desconfiar del resultado de sus gestiones; sospechó de la sinceridad de Napoleón, y sus recelos y su ira fueron en progresivo aumento á medida que el tiempo pasaba. Supo después por su agente que, en sus tentativas de paz con Inglaterra y Prusia, el Emperador había prometido ceder las Baleares, como si de ellas pudiera disponer, y que en París circulaban multitud de opúsculos y folletos anunciando la total ruina de la casa de Borbón y la próxima exaltación al solio de España de Luciano Bonaparte. Subió de punto con estas noticias la irritación del favorito, el cual, creyendo segura la victoria de Prusia y Rusia, cambió bruscamente de política y dió su célebre proclama, llamando á los españoles á las armas para salvar á la patria de riesgos que no señalaba y de enemigos que no nombraba, aunque se traslucía claramente quienes eran unos y otros. Esto es lo que se califica de traición del príncipe de la Paz y lo que se supone decidió á Napoleón á invadir la Península cuando estuviese libre de otros cuidados. Fué sin duda grave imprudencia, pues la voz impopular del privado no podía despertar las energías nacionales, y por más que á Napoleón no le hiciesen falta pretextos, ó siempre los hallaba cuando los necesitaba, no era cuerdo proporcionárselos inútilmente; pero, prescindiendo de la oportunidad del acto, de las razones que determinarían la conducta de Godoy y de la ninguna autoridad del Príncipe para dar la voz de alarma al país, es evidente que España sólo tenía motivos de queja contra el Emperador. Arrastrados á la guerra con Inglaterra por una convención arrancada á la debilidad del Rey y á la torpeza de sus ministros, en la que, sin embargo, se establecía como base la reciprocidad en los sacrificios y en las ventajas, para nosotros habían sido los primeros, las segundas para Francia. Se engañó al gobierno de Madrid con el mal cumplido trueque de Etruria por la Luisiana; se atropellaron nuestros derechos en Amiens, consintiendo que se nos arrebatara la isla de la Trinidad; se nos impuso la obligación de abonar seis millones mensuales al Imperio francés; se llevó á nuestra marina al desastre de Trafalgar, y actualmente se nos abandonaba á nuestros propios recursos en la defensa de las colonias de América. La reciprocidad no había existido nunca más que en el papel.

La derrota de los prusianos en Jena y Auerstadt destruyó las presunciones de Godoy, quien, arrepentido de haberse aventurado tanto, apresuróse á felicitar á Napoleón, á la vez que el gabinete español se adhería al decreto de bloqueo continental y reconocía á José como rey de Nápoles, pretendiendo de este modo conjurar la borrasca. Napoleón aceptó las explicaciones que se le dieron, contentándose con pedir el envío de fuerzas es-

pañolas para formar parte del ejército de observación escalonado entre el Rhin y el Vístula, á lo que accedióse inmediatamente, saliendo de la Península diez mil hombres de nuestras mejores tropas, á las órdenes del marqués de la Romana, los cuales, unidos á los cinco mil que había ya en Toscana, se trasladaron á las orillas del Báltico. Cuando el Emperador, ultimados en Tilsit los asuntos del Norte, regresó á Francia, nada tranquila la corte de Madrid, le mandó un delegado especial para darle sus parabienes y apaciguarlo. Napoleón lo recibió con la mayor benevolencia, y en vez de quejarse, escribió á Carlos IV mostrándole su reconocimiento por la manera como observaba sus deberes de fiel aliado, asociábale á sus proyectos contra Portugal y le estimulaba á unirse más estrechamente con él, á fin de forzar á Inglaterra á ajustar paces: de la proclama ni una palabra. Aquel disimulo y este silencio, para los que conocían al Emperador, eran de mal augurio. Nuevas circunstancias aceleraron el temido desenlace.

El príncipe Fernando, rotos desde la muerte de la princesa María Antonia los compromisos que le ligaban con Nápoles ó Inglaterra, tornó también sus ojos al Emperador, y partiese de él la iniciativa ó se debiera á este último, lo cierto es que, entre sus partidarios y el representante de Francia, Beauharnais, nombrado recientemente, mediaron conferencias y negociaciones, que permitieron á Napoleón echar leña al fuego y aumentar las disensiones de la real familia, mientras entretenía en París á Izquierdo y á Godoy. Tanto éste como sus enemigos se arrastraban vergonzosamente á los pies del conquistador. El príncipe de la Paz comunicaba á su agente en París su propósito de hacer un viaje á aquella capital para tratar en persona de cierto asunto importante, que no se conoce, y el de Asturias, aconsejado por Escoiquiz, que estaba de acuerdo con Beauharnais, escribía á Napoleón encareciéndole el aprecio y respeto que siempre le merecieran su persona y apellidándole héroe mayor que cuantos le habían precedido; pintábale, en seguida, el estado de opresión en que vivía, imploraba su paternal protección y le pedía que se dignase concederle por esposa á una princesa de su familia, prometiéndole oponerse á cualquier matrimonio que no fuera precedido del consentimiento y aprobación de S. M. I.

En el entretanto, el gobierno español, incapaz de resistir la imposición del déspota francés, se había allanado á secundar sus miras acerca de Portugal, y en el mes de Agosto de mil ochocientos siete, los embajadores de ambos países acreditados en Lisboa presentaron una nota al regente de aquel reino, donde declaraban tener orden de pedir sus pasaportes si para el primero de Septiembre próximo no hubiere prestado Portugal su conformidad á las condiciones de que hicimos mención en el capítulo precedente. El Príncipe lusitano se avino á todo, menos á confiscar las mercancías inglesas y á reducir á prisión, no estando en guerra, á extranjeros pacíficos: «providencias contrarias, dijo, á las máximas de moderación y justicia en que inspiraba sus actos». Los representantes de Francia y España le otorgaron para decidirse un nuevo plazo, que había de terminar el treinta de Sep-

tiembre, pasado el cual sin alcanzar lo que exigían, se partieron de Lisboa. Napoleón, sin perder momento, dió orden á Junot de entrar en la Península, y el diez y ocho de Octubre pasó el Bidasoa la primera división francesa, al mando de Delaborde: época memorable, escribe Toreno, principio de tropel de males y desgracias, de perfidias y heroicos hechos que sucesivamente nos va á desdoblarse la Historia. Al comunicar el Emperador á Carlos IV la orden dada á Junot, le agregaba: «Por mi parte, me entenderé con V. M. para hacer de Portugal lo que convenga, y en cualquier caso, tendrá la soberanía de este territorio como ha parecido desearlo.» Realmente el Rey de España nunca manifestara los deseos que se le atribuían, y hubiera protestado seguramente de la afirmación á saber el partido que su aliado pensaba sacar del supuesto beneficio; porque es innegable que ya por entonces iba dando forma Napoleón á su proyecto de enseñorearse de nuestra patria, como lo prueba la circunstancia de advertir á Junot «que le describiese las provincias por donde pasase, los caminos, las condiciones del terreno...., que le enviara planos levantados por los oficiales de ingenieros...., por ser preciso, continuaba, que yo pueda saber á qué distancia están las poblaciones unas de otras, la naturaleza del país, los recursos con que cuenta». Estas instrucciones no se referían á Portugal, sino á España.

Pocos días después de haber cruzado la frontera las primeras tropas francesas, tocaron á su término los tratos en que andaban de tanto tiempo atrás Napoleón y Godoy, y el veintisiete de Octubre se firmaba en Fontainebleau, sin intervención ni conocimiento del embajador español acreditado, príncipe de Masserano, ni de la secretaria de Estado de España, ni de Talleyrand, un tratado secreto, compuesto de catorce artículos, con más una convención aneja, que comprendía otros siete. En estos conciertos, que reproducían en daño de Portugal la iniquidad cometida el siglo anterior con Polonia, se estipulaba que la provincia de Entre-Duero y Miño se daría en toda propiedad y soberanía, con el título de Lusitania septentrional, al rey de Etruria, á cambio de la Toscana, cedida, sin su anuencia, á Francia; que los Algarbes y el Alentejo se entregarían también en plena propiedad y soberanía á don Manuel Godoy, con la denominación de príncipe de los Algarbes, y que las provincias de Beira, Tras-os-Montes y la Extremadura portuguesa quedarían en poder de Napoleón como en depósito, «para disponer de ellas en la paz general». El Emperador garantizaba á Carlos IV la integridad de sus Estados de Europa, del lado acá de los Pirineos; le prometía la mitad de las colonias portuguesas, y se obligaba á reconocerlo como *Emperador de ambas Américas* á la conclusión de la paz, ó, á lo más, en el plazo de tres años. En la convención unida al tratado, se acordaba la manera de llevarlo á efecto. Napoleón como al descuido, había deslizado una cláusula poco tranquilizadora para España, y era la de que «se reuniría en Bayona otro cuerpo de ejército de cuarenta mil hombres de tropas francesas, para estar pronto á entrar en España y dirigirse á Portugal si los ingleses mandaban refuerzos y amenazaban atacarlo.» Aunque